

su tierra estuviese. Yo callaba y oía, y cuando se metió en su aposento sentí que se asentó sobre la cama, y en el mío se oían con el sonido de las tablas los golpes que debía de dar en ella. Llamé á Sayavedra en secreto, y dijele: «ocasion se me ofrece para salir de trabajos ó irme á ser hospitalero; y pues la poca moneda que me queda no es tanta que pueda sustentarnos mucho, cenemos bien, ó vámonos á dormir con un jarro de agua, pues así como así lo hemos de hacer mañana. ¿Qué te parece, tiéneslo á disparate, ó por cordura? ¿No será bueno que después de cena, que se han de volver á juntar estos, y al tercero le faltan lanzas para entrar en la tela, que salga yo á los mantenedores de refresco á correr las mias, tomando un puesto, aventurando á perder ó á ganar con esta miseria que me queda?» Sayavedra me respondió, que para todo lo hallaría; resuelto una vez á servirme, lo había de hacer con mucho cuidado, ya fuese de veras ó en burlas, saltar ó á jugar lo había de tener siempre á mi lado, que hiciese lo que mandase; pero que para no dar con la honrilla en el suelo, pues en aquella ocasion estábamos tan apretados, asegurásemos la pobreza. Para lo cual él se acomodaría de modo que con seguridad y sutileza correría todo el campo, y me daría siempre aviso del juego de los contrarios, con que no pudiese perder, teniendo razonable cuenta. Cuando esto me dijo, pudieran echarme nesgas al pellejo, que no cabía de contento en él; porque con mi habilidad y manos en el naípe, juntando el aviso suyo, pudiera volverles tres partes de la moneda, y entre mi dije: *no hay mal que no venga por bien*, aun si el daño que me hizo lo viniese á restaurar por este camino.

Yo deseaba decirle lo mismo, mas mucho me holgué que saliese de su boca la vileza, y no de la mia; que hasta en esto guardaba mis puntos de amo para con él; que pudiera ser si corriera de mi mano el triunfo, dijera entre sí, mira por amor de mí á quien sirvo, para no ser tal como él y tener sus costumbres; sali de ladron, y di en ventero; á qué árbol me arrimé; ganármela puede arrimada en la pared, y no estaba usted engañado. Ta, ta, eso no, amigo; entras vos por los filos de mi espada, y dejaos enhorabuena venir cuanto mandáredes, que á fe que primero habeis de confesaros que oirme de confesion; no me habeis de tomar prenda sin que las vuestras estén rematadas. Mas ya una vez las máscaras quitadas, tenga y tengamos, démonos tantas en ancho como en largo, que no habrá mas de por medio que los barriles. Allí estuvimos dando y tomando grande rato sobre cuáles eran señas mejores para dar el punto de ambos; venimos á resolver que por los botones del sayo y coyunturas de los dedos, conforme al arte de canto llano. De manera nos adiestramos en cuatro repasadas, que nos entendíamos ya mejor por señas que por la lengua.

Cuando ya se juntaron los combatientes, yo estaba paseándome por la cuadra, mi rosario en la mano, como un ermitaño, y en el aposento mi criado. Trataron de volver á jugar, y el tercero dijo lo que le había pasado, que no halló á cierto amigo que le había de dar dineros; empero que si querían fiar de su palabra hasta otro día, que jugaría papeles. El ciudadano dijo: de buena gana lo hiciera, mas téngolo por mohina y siempre pierdo. Desbaratábase ya la conversacion, y cada uno quería recogerse, y antes que lo hiciesen dije: «pues ese caballero no juega, cuando no sea mas de para entretenimiento de pasar un rato de la noche, y que no se deje tan santa obra por falta de un tercero, si vuestras mercedes gustan dello, yo tomaré un poco las cartas.» Alegráronse mucho, porque les pareció tordo nuevo, que aun el píco no tenía embebido, y que me tenían ya en sus bolsas el dinero, y por parecerles que si perdía la moneda, que jugaría también la cadena (la cual yo descubrí adrede, quitándome los botones del sayo), y que si me picaba, como era mozo, no habría de tener sufrimiento para dejar de arrojarles la sogá tras el caldero,

hasta que fuesen rocin y manzanas. Comenzar queríamos nuestra faena, y para ello llamé á Sayavedra, y dijele: «da-ca de ahí algun dinero si tienes.» El sacó hasta cien reales, que yo le había dado para que me diese, y apartóse un poco de allí en cuanto se comenzó á bullir el juego; y llamándolo á despabilar, le dije: «¿hemos de hacer esto nosotros? ¿Tanto tienes allá que hacer ó que dormir, que no estarás aquí para lo que fueres menester?» El calló y estúvose quedo, de manera y en parte que ninguna persona del mundo pudiera juzgar mal dél, porque jamás me miró ni quitó la mano del pecho, y deste modo me decía cuanto por allá pasaba. Y aunque siempre nos entendimos, no siempre me di por entendido ni me aprovechaba de la cautela; antes cuando ganaba dos ó tres manos me holgaba de perder algunas. Dejábanlos otras veces cargar sobre mi dinero; empero ni mucho ni siempre, porque no me diesen pellizco y me dejasen de dejábalos tocar, pero no entrar, y después dábalos otra carga para picarlos. Escaramucé de manera con ellos y con tal artificio, que los truje siempre golosos.

Ya cuando me pareció tiempo que se querían recoger, y tenían los frenos encima de los colmillos para estrellarse adonde quiera, parecióme darles alcance, y viéndolos en la red, arrojéme á ellos y al dinero, trayéndolo á mi poder en pocos lances. Debí de ganarles á los dos lo que le habían ganado antes al tercero. Quedaron tan corridos y picados, que me la juraron para el siguiente día, desafiándome al mismo juego. Acetésele de buen ánimo; vinieron, y dejéme perder hasta treinta escudos, con que se levantaron, porque con sola esta pérdida los quise tener entretenidos y cebados, y el uno dellos dijo: «alarguémonos algo, porque ya es tarde.» Respondíle á esto: «antes por la misma razon lo será mayor que nos acostemos y lo dejemos para mañana, que siendo vuestras mercedes servidos lo podremos hacer, tomándolo de más temprano y jugando cuan largo les diere gusto.» Holgaron de oirme y de haberme ganado; creyendo que había mucho que poderme ganar. Otro día se juntaron con muy gentiles bolsas de doblones castellanos, bien armados y á punto de guerra, tendieron sobre la mesa puños dellos, de á dos, de á cuatro, y algunos de á diez, como si fueran de cobre, diciendo: «buen ánimo, soldado, que aquí tiene vuesa merced esto á su servicio;» y respondíle: «aunque yo no soy tan rico que pueda servir á vuestras mercedes con tanta moneda, no me faltará la voluntad á lo menos como de un criado.» Quisé decirles, para pasar á mi poder esa bella compañía de hombres de armas. Comenzamos á jugar, y fuilos cansando poco á poco, dándoles cuerda, hasta que viéndolos ya parejos, les di una bella rociada, y en pocas manos vi puestos en estas mias mas de quinientos escudos, con que no quisieron jugar mas hasta otro día, que dijeron que volverían.

Holguéme mucho de oírsele, tanto porque ya tenían pareja la sangre, y yo sossegado el pecho, y por parecerme que aquello me bastaba para entonces; empero no sabré decir cuánto me alegré de que se alzasen ellos, que siempre lo tuye por costumbre, para no mover ocasion de pendencia, que saliese de su voluntad jugar ó no jugar. Ellos en buen hora se fueron, y yo temeroso que por ventura el natural como natural, y el forastero como necesitado me hiciesen alguna demasia, ya yo sabía cómo corría la justicia de la tierra, dije á Sayavedra cuando estuvimos á solas, que sin hablar palabra ni decir adónde hacíamos el viaje, tomase por la mañana caballos para ir la vuelta de Milán. Así se puso en obra, dejándolos mohinos y sin blanca.

CAPITULO IV.

Caminando á Milán Guzmán de Alfarache, le da cuenta Sayavedra de su vida.

A Milán caminábamos con tanta priesa como miedo, que como es alto de cuerpo, de lejos lo devisaba, y siempre con su sombra me temblaba el corazón, recelando el peligro en que él mismo me había puesto; porque siempre creí que ninguna culpa quedó sin pena, ni malo sin castigo. Ya deseaba que naciesen con alas los caballos para que volara el mío. Mas, pobre de mí, que lo mismo fuera, pues también las tuvieran los otros para darnos alcance. Todo lo via lleno de malezas, en todo temía peligro, y mas en la tardanza. Yo con mis pensamientos y Sayavedra con los suyos, íbamos mudos ambos, aunque con gran diferencia, que solo el mío era de verme puesto en salvo, y Sayavedra deseando saber lo que había de tocar de las monedas. Fuimos caminando grande rato, hasta que por despedir al temor que tanto me atribulaba, olvidándolo con algun entretenimiento, pareciéndome ser tan de locos callar mucho por los caminos, como hablar mucho en las plazas, dije á Sayavedra que tratásemos alguna cosa ó me contase algun cuento de gusto. Entonces él hallando su bola en medio de los bolos, tomó por donde quiso, y dijo:

«De un cuento quisiera yo que hubiera sido el gusto de la ganancia; mas yo confío que haber venido á servir á vuesa merced será, no solo para satisfacion de mi deuda, pero aun para gran esceso de granjería.» Holguéme de oirlo y que me hubiese tocado en aquella tecla, y así le respondí: «hermano Sayavedra, lo pasado pasado, que no hay hombre tan hombre que por aquí ó por allí no tenga un resbaladero; todos vivimos en carne, y toda carne tiene flaqueza; otros la tienen por otros caminos, como diste tú en este. Dios guarde mi juicio, que no sé lo que será de mí; tan ocasionado me veo como el que mas para comer cualquier atrevimiento, que quien dió en el pasado, que no fué menos que hurto, ganar con engaño la miseria de aquellos pobretos, que quizá era todo el remedio de sus vidas, no perdonara un talego si lo hallara buéfano de padre y madre, aunque tuviera mil escudos. Y pues dimos en esto, y de tu entendimiento conozco que se te alcanza cualquier lance, creo que habrás echado de ver que ni trato en Indias ni soy Fúcar; soy un pobre mozo como tú, desamparado de su comodidad por las causas que bien sabes, y no con mas ni mejor oficio del que has visto. Ya que no tengo de hacer vileza ni tener mal trato, á lo menos he de procurar honrosamente mi sustento, como debe hacerlo cualquier hombre de bien, sin dejarme caer punto del en que mis padres me dejaron y mi fortuna me puso. Que si el embajador mi señor me tuvo en su casa y le servi, fué por el amor que me tuvo desde niño, y por la instancia que hizo con mis padres, cuyo conocimiento fué muy antiguo un tiempo que se conocieron en París; y así me pidió, diciéndoles que me quería hacer hombre. Mas ya que aquello me sucedió, y de su casa sali, no pienso volver mas á ella si no fuera descansado y rico. Donde quiera se amasa buen pan, y ya el de Roma me tiene muy ahito. Y no será maravilla que todos busquemos manera de vivir, como la buscan otros de menos habilidad; si no, pon los ojos en cuantos hoy viven, considéralos y hallarás que van buscando sus acrecentamientos, y faltando á sus obligaciones por aquí ó por allí, cada uno procura valer mas. El señor quiere adelantar sus estados, el caballero su mayorazgo, el mercader su trato, el oficial su oficio, y no todas veces con la limpieza que fuera lícito, que algunos acontece, por meter los codos en la ganancia, zambullirse hasta los ojos; no quiero yo decir en el infierno; dilo tú, que tienes mayor atrevimiento. En resolucion, todo el mundo es la Rochela en este caso, cada cual vive para sí, quien pilla pilla, y sólo pagan los desdichados como tú.

Si fueras ladron de marca mayor, destos de á trescientos, de á cuatrocientos mil ducados, que pudieras comprar favor y justicia, pasaras como ellos; mas los desdichados, que ni saben tratos ni toman rentas ni receptorías, ni saben alzarse á su mano con mucho, concertándose después por poco, pagando en tercios, tarde, mal y nunca: esos bellacos vayan á galeras, ahórquenlos, no por ladrones (que ya por eso no aborcan), sino por malos oficiales de su oficio.

«Diréte lo que le oí á un esclavo negro entre bozal y latino, que viene bien aquí. En Madrid, en el tiempo de mi niñez que allí residí, sacaron á hacer justicia de dos adúlteros; y como esto, aunque se practica mucho, se castiga poco, que nunca faltan buenos y dineros con que se allane, mas está vez y con el marido desta mujer no aprovecharon. Salió mucho número de gente á verlos, en especial mujeres, que no cabian por las calles, en toda la plaza ni ventanas; todas lastimadas de aquella desgraciada. Ya cuando el marido le tuvo cortada la cabeza, dijo el negro: *¡ah Dios! ¿cuánta se le ve que se le puede hacéle?* Bien pudiéramos también decir: ¿cuántos hay que condenan otros á la horea, donde parecieran ellos muy mejor y con mas causa? De nada me maravillo ni hago ascos: *bailar tengo al son que todos, dure lo que durare como cuchara de pan.* Y pues dices que quieres mi compañía y gustas della, no creo te se hará mala ni dificultosa de llevar; porque soy compañero que sé agradecer y estimar lo que por mí se hace; *á las obras me remito*: ellas darán testimonio el tiempo andando. Mas porque también el premio es quien adelanta la virtud, animando á los hombres con esfuerzo, y es flaqueza de ánimo no tenerle, cuando dél puede resultar alguna gloria ó beneficio, ni cumple la persona con lo que debe cuando no trabaja; pues nació para ello y dello se ha de sustentar, será muy justo que conforme á lo que cada uno metiere de puesto saque la ganancia. Paréceme dar asiento á esto como primera piedra del edificio, y después trataremos de lo que se fuere mas ofreciendo.»

«Todo lo que cayere ó se nos viniere á las manos, así de frutos caídos como por caer, se harán tres partes iguales, de todas las cuales tendrás tú la una y la otra será para mí, la tercera para gastos de avería, que no todas veces hace buen tiempo, ni podremos navegar á viento en popa ni con bonanza para las calmas; y si arribáremos, es bien que no nos falten bastimentos, y si embistiéremos ó diéremos en bajo, no falte batel en que salvarnos. Esta parte se pondrá siempre por sí, ha de ser como un erario para socorro de necesidades: que si con tanto vamos, pues entendimiento no falta y entendemos algo del pilotaje, no me contento menos que con un regimiento de mi tierra, y hacienda con que pasar descansadamente antes de seis años. Alarga el ánimo á lo mismo, que también tendrás otro tanto con que poder volver á Valencia; no andes á raterías hurtando cartillas, ladron de coplas, que no se saça de tales hurtos otro provecho que infamia. En resolucion: morir ahorcados ó comer con trompetas; que la vida en un día es acabada, y la de los trabajos es muerte cotidiana. Cuanto mas, que si nos diéremos buena maña, presto llegaremos á mayores, y no tendremos que temer, porque serán todos los meses de á treinta días, y como son á escuras todos los gatos negros, entenderémonos á coplas, que *un lobo á otro nunca se muerde*. Aquí tienes un tercio de lo pasado, si lo quisieres luego, que no es justo retener á nadie su hacienda: hágate Dios bien con lo que fuere tuyo, y dénos gracia que con tal pié y buena estrella se funde la compañía, que no vengamos á manos de piratas, que no tienen ojo á mas que desflorar lo guisado y comer el hervor de la olla.»

Con esto y mostrarme liberal, fué asegurarle la perso-

na, que no me dejase; porque habiendo de buscar marisco, no pudiera hallar compañero mas á propósito ni tan bueno. Demás que siendo igual mio, era criado y me reconocia por amo; que no es pequeña ventaja para cualquiera cosa llevar la mano. El quedó tan rendido como agradecido, y de uno en otro lance venimos á dar en preguntarle yo la causa que le habia movido á robarme, y dijo: «señor, ya no puedo, aunque quisiese, dejar de hacer alarde público de mi vida, tanto por la merced recibida con tanta liberalidad en todo lo pasado, como por ser notoria, y con quien se ha de vivir, ha de ser el trato llano, sin tener algo encubierto, que no solo á confesores, letrados y médicos ha de tratarse siempre verdad; pero entre los de nuestro trato jamás falta entre nosotros mismos para podernos conservar. Y cumpliendo con tantas obligaciones, vuesa merced sabrá que soy valenciano, hijo de padres honrados, que aun podrá ser conocerlos algun dia por la fama, que ya (sea Dios loado) son difuntos. Fuimos dos hermanos, y entrambos desgraciados; ya fuese porque de niños quedamos consentidos, ya porque dejándonos llevar de los impulsos de nuestro apetito, sin hacerles la debida resistencia, consentimos en esta tentacion, que, mejor diria, dimos en esta flaqueza, no creyendo los daños venideros, antes con el cebo de presentes gustos; hasta que, ya resueltos una vez á ello, no se pudo volver atrás. El otro mi hermano es mayor que yo; y aunque ambos y cada uno teniamos razonable pasadia, mas aun eso no nos puso freno: tanta es ó fué la fuerza de nuestra estrella, y tanto el de la mala inclinacion á no esquivarnos della, que, pospuesto el honor, con mas deseo de ver tierras que de sustentarle, salimos á nuestras aventuras.

» Mas porque pudiera ser no sucedernos de la manera que teniamos pensado, y para en cualquier trabajo no ser conocidos ni quedar con infamia, fuimos de acuerdo en mudar de nombre. Mi hermano, como buen latino y gentil estudiante, anduvo por los aires derivando el suyo: llamábase Juan Martí, hizo del Juan Luján y del Martí Mateo, y volviéndolo por pasiva llamóse Mateo Luján. Desta manera desbarró por el mundo, y el mundo me dicen que le dió pago también como á mi. Yo, como no tengo letras ni sé mas que un monacillo, eché por esos trigos, y sabiendo ser caballeros principales los Sayavedras de Sevilla, dije ser de alla, y púseme su apellido. Mas ni estuve jamás en Sevilla, ni della sé mas de lo que aquí he dicho. Desta manera salimos en un dia juntos peregrinando, empero cada uno tomó luego por su parte. Dél me dicen algunos que de vista le conocen, que le vieron en Castilla y por el Andalucía muy maltratado; que de allí pasó á las Indias, donde también le fué mal. Yo tomé otra diferente derrota, fuime á Barcelona, de donde pasé á Italia con las galeras, gasté lo que saqué de mi casa, halléme muy pobre, y como la necesidad obliga muchas veces, como dicen, á lo que el hombre no piensa, rodando y tropicando con la hambre, di conmigo en el reino de Nápoles, donde siempre tuve deseo de residir por lo que de aquella ciudad me decian. Anduve por todo él gastando de lo que no tenia, hecho un muy gentil pícaro, de donde di en acompañarme con otros como yo, y de uno en otro escalon sali muy gentil oficial de la carda. Hiceme camarada con los maestros, lleguéme á ellos por cubrirme con su sombra en las adversidades, así les anduve subordinando; porque mi pobreza siempre fué tanta, que nunca tuve caudal con que vestirme, para poner tienda de por mí; no por falta de habilidad, que mejor tijera que la mia no la tiene todo el oficio; pudiérais leer á todos ellos cuatro cursos de latrocínio y dos de pasante, porque me di tal maña en los estudios cuando lo aprendí, que sali sacre. Ninguno entendió como yo la cicatería: fui muy gentil caleta, buzo, cuatrero, maleador y mareador, pala, poleo, escolta, estafa y zorro; ninguno de mi tama-

ño, ni mayor que yo seis años, en mi presencia dejó de reconocerse bajamanero y baharí.

» Mas como por antigüedad y reputacion tenian tiranizado el nombre de famosos, eran los Césares ellos, y á nosotros los pobretos nos traian de casa en casa fregando la plata, haciendo los ojeos, buscando achaques, preguntando en unas partes: ¿vive aquí el señor Fulano? ¿Han menester vuestas mercedes un mozo? ¿Quiéren comprar un estuche fino? y era de los que cortábamos á las mujeres, que haciéndolos aderezar con cintas nuevas, los íbamos á vender.

» Otras veces fingíamos entrar á orinar, y si acertábamos con la caballeriza, donde nunca faltaba la manta de la mula, el almohada ó la criba, la capa del mozo y el trabon, cuando mas no podíamos, y si acaso allí nos vian, luego bajándonos al suelo, soltando la cinta de los calzones, nos poniamos á un rincón, y en diciéndonos: «ladron, ¿y qué haceis vos aquí?» nos levantábamos atacando, y respondiamos: «mire vuesa merced cómo y con quién habla, que no hay aquí algun ladron: halléme necesitado de la persona, y entréme aquí dentro.» Unos lo creian, otros no, empero pasábamos adelante. Otras veces tomábamos por achaque (y no malo) entramos por toda la casa hasta hallar en que topar; y si nos vian, luego pediamos limosna. Con estos y otros achaques, no habia clavo en pared que no contásemos y quitásemos, nada tenia seguridad. Yo era rapacejo, delgadillo, de pocas carnes, trazador, y sobre todo lijero como un gamo; acechaba de dia el trabajo de la noche, sin empacharme por el tiempo, y á pesar del sueño. Asistíamos de dia como buenos cristianos en las iglesias, en sermopes, misas, estaciones, jubileos, fiestas y procesiones. Íbamos á las comedias, á ver justiciados, y á todas y cualesquier juntas donde sabiamos haber concurso de gente, procurándonos hallar á la contina en el mayor aprieto, entrando y saliendo por él una y mil veces, porque de cada viaje no faltaba ocupacion provechosa, ya sacábamos las dagas, lienzos, bolsas, rosarios, estuches, joyas de mujeres, dijes de niños. Cuando mas no podia, con las tijeras que siempre andaban en la mano, del mejor ferreruero que me parecia y del mas pintado gentilhombre, le sacaba por detrás ó por un lado (si acaso con el aprieto se le caia) para tres ó cuatro pares de soletas; y lo que yo desto mas gustaba era verlos ir después hechos un retrato de san Martín, con media capa menos, dándoles vuelta y haciendo gente, y así se iban corridos, viendo cortadas las faldas por vergonzoso lugar. Cuando esto no bastaba, nos llegábamos á las colgaduras de seda ó tela de oro, que nunca reparábamos en hacerles cortesia, mas á esto que á esotro antes á mas moros mas ganancia, y por lo bajo dellas le sacábamos una pieza ó dos (como teniamos la ocasion y tiempo), lo que mejor podiamos, y en los aires haciamos dello cuerpos á mujeres, bolsas, manguitas á niños, y otras mil cosas á este tono, acomodándolo siempre como no se perdiere hilo, en aquello que mas y mejor podia servir.

» Poco á poco nos venimos allegando á la ciudad, con la fama de que venia nuevo virey, que á las tales fiestas, á toros y ferias caminábamos de cien millas cuando era necesario. La costa del camino era siempre poca, que de los unos lugares íbamos proveidos para los otros de muy buenas gallinas, capones, pollos, palomas duendas, jamones de tocino, y algunas alhajas que con facilidad se nos venian á la mano. Porque como para tomar buena posada se procuraba entrar siempre con sol, en aquel breve tiempo, hasta las horas de recogerlos, recorriamos los portillos de todo el pueblo y cuanto habia dentro, con achaque de ir pidiendo para un estudiante pobre, que vuelve á su tierra necesitado; no tanto por lo que nos habian de dar, cuanto por lo que les habiamos de quitar, dando vista por los gallineros, para trazar como mejor poderlos despoblar. De-

mas, que para las ventas y cortijos llevaba sedales fuertes, con finos anzuelos, y con un cortezoncito de pan y seis granos de trigo, se nos venian á las manos, y jamás eché lame que dejase de sacar peje como el brazo. Y á mal suceder, cuando se caia la casa, y no se hallaba que comer, á lo menos una muy bella posta de ternera no nos podia faltar, como la quisiésemos, de la primera y mas pintada que halláramos en el camino.»

» Luego que á Nápoles llegamos, anduvo los primeros dias muy bueno el oficio, trabajóse mucho, muy bien, y de provecho. Vestime de manera, que con la presencia pudiera entretener la reputacion de hombre de bien, y engañar con la pinta. Y si como la entrada que hicimos de juego de cañas, de oro y verde, solene y bien sazónada de sal, no se nos perduciera después á los fines por mi poco sufrimiento, de allí quedara en buen puesto; mas harto hice con escapar el pellejo y sanas las aldabas. Yo tuve la culpa que me saliesen los huevos güeros; mas Dios loado, que pudiera ser el daño mayor, y aqueso me puso consuelo. Uno de mis camaradas era de la tierra, criado de un regente del consejo colateral, y sus padres le habian servido; diósele á conocer, fuéle á besar las manos, y no las volvió vacías; porque (bolgándose de verlo) le ofreció de hacer toda merced, y no al fiado, sino diciendo y haciendo, que pocas veces y en pocos acontecimientos comer en un plato y á una mesa; mas cuando es el ánimo generoso, siempre se huelga de dar, y mas le crece cuanto mas le piden; porque siempre fué condicion del dar, hacer á los hombres claros, cuanto les vuelve sujetos el recibir. Luego lo acomodó en algunos negocios, á la verdad honrados y dignos de otro mejor sujeto.

» Andábamos á su sombra hechos otros vireyes de la tierra, sin haber en toda ella quien se nos atreviera. Con este abrigo nos alargábamos á cosas, en que por ventura nuestros ánimos no bastaran solos. Era él nuestra lengua, deciamos donde habiamos de acudir, y cómo lo habiamos de hacer, á qué horas tendríamos mayor seguridad, por donde podríamos entrar, y de qué personas nos habiamos de recelar: que, como diremos, los que hacen los hurtos mas famosos, mas calificados y de importancia, son los llegados á las justicias; fáltales temor, tienen favor sobrado, llega la necesidad, ofrécese ocasion, remédielo Dios todopoderoso. Iba yo un dia luchando á brazo partido con el pensamiento, deseoso de hallar en qué poder entretenerme, porque casi era mediodia, y no habiamos ensartado aguja ni dado puntada; pues volver á casa manivariado, sin haber llevado la provision por delante, y que por ventura los compañeros tuviesen ya labrada la miel, me llamaran zángano, que se le queria comer mis manos lavadas: teniamoslo por caso de menos valer ir á mesa puesta sin llevar por delante la costa hecha. Vi una casa de buena traza, y á lo que parecia, mostraba ser de algun hombre, honrado ciudadano. Entréme por ella como si fuera mia, que nunca el tímido fué buen cirujano; aun allá dicen las viejas á los medrosos en España, por manera de hablar, cuando uno va con espacio: *anda, anda, que parece que vas á hurtar*. Donde quiera y siempre me parecia entrar por mi casa, ó que iba con vara de justicia y mandamiento de contado. Miré á una y otra parte, deseando hallar en que topasen los ojos, que diese que hacer á las manos; quiso la fortuna depararnos encima de un bufete una saya grande negra de terciopelo labrado, de que pudiera bien sacar para tres pares de vestidos, calzones y ropillas, porque tenia mas de quince varas, y y podian encajárselos, aunque fueran los mocitos mas curiosos de la tierra. Estuve avizorando por todo aquello si podria sacar aquella prenda sin costas ni daño de barras; y en toda la casa ni en parte della sentí haber quien impedirmelo pudiese. Metila debajo del brazo, y en dos cabriolas me puse de piés en la puerta de la calle. Cuando á ella llegué, llegaba también el señor de la casa, el

cual era maestre-data en la ciudad, y viéndome salir asobarcado, preguntóme quién era, y por lo que llevaba. En aquel punto mismo saqué de la necesidad el consejo, y sin turbarme, antes con rostro alegre le dije: «quiere mi señora que se le tome un poco de alforza en esta saya, y se la recoja un poco de cintura, porque no le hace buen asiento por delante, y mándame que se le traiga luego.» El me dijo: «pues por vida vuestra, maestro, que se haga presto y de vuestra mano.» Con esto sali la calle abajo, dando mas vueltas que una culebra, ya por aquí, ya por acullá, por desmentir el rastro.

» Después vine á saber por mi mal, que luego como en casa entró, sintió alborotado el bodegon, revuelto el palomar y las mujeres á manga por hombro, dando y tomando sobre daca la saya, toma la saya, y la saya no parecia. Tú la quitaste, aquí la puse, acullá la dejé, quién salió, quién entró, ninguno ha venido de fuera, pues parecer tiene, los de casa la tienen, tú me la pagarás: andaba una grita y algazara que se venian los techos al suelo, sin entenderse los unos con los otros. En esto entró el dueño, conociendo su yerro en haberme dejado salir con ella, y reportando á su mujer, le dijo, que un ladron la llevaba, contándole lo que conmigo habia pasado á su misma puerta: salióme á buscar; mas con mi buena diligencia me desaparecí por entonces, dando con la persona en salvo, y poniendo la prenda en cobro.

» Luego aquella noche me fui á casa del gran condestable, con deseo de poder ejecutar un lance que algunos dias antes habia hecho en borron, aunque lo traia ya en blanco é hilvanado, nunca tuve ocasion para poderlo sacar en limpio hasta entonces. Juntábanse allí muchos caballeros á jugar, y de ordinario se solian hacer tres ó cuatro mesas, asistiendo de noche á ellas un paje ó dos de guarda. Sobre cada tabla estaba puesta su carpeta de seda y dos candeleros de plata; yo llevaba conmigo contrahechos un par de muy gentil estaño, y tales, que de los finos á ellos no se hiciera diferencia, no mas en la color, que de la misma hechura, buscados á propósito para el mismo efecto. Llevé también dos velas; y, todo bien cubierto, me puse á un rincón de la sala, segun otras veces lo habia hecho, aguardando lance, y dando á entender ser criado de alguno de aquellos caballeros. Dos que jugaban á los cientos en una de aquellas mesas, pidieron velas, no habia mas allí de un paje y tan dormido, que habiéndolas ya dos veces pedido, no recordaba ni respondia. Yo acudí luego, y enderezando mis velas acá fuera, levantando el ferreruero por cima del hombro, como criado de casa, las metí en los candeleros que llevaba, y los de plata debajo del brazo, con que me fui recogiendo hasta la posada; en donde, juntándolos con algunas otras piezas de plata que habia recogido, por quitarme de achaques y pesadumbres, si son míos ó si son tuyos, daca señas, toma señas, de donde lo compraste, quién te lo vendió, acogime á lo seguro: hice de todo una pasta, y en un muy gentil tejo lo llevé á mi capitán, para que con su autoridad y buen crédito lo vendiese. Hízolo así, sacó su quinto segun le pertenecía, y dióme la resta en reales de contado, sin defraudarme un cabello.

» Ya era entre nosotros órden, que á nuestra cabeza le habiamos de acudir con aquella parte de todo lo que se trabajase; y esos eran sus derechos, tan bien pagados y ciertos, como los de su majestad en lo mejor de las Indias. Con esta gabela éramos del amparados en cualquier peligro. Ninguno piense mascar á dos carrillos, que *no hay dignidad sin pension en esta vida*. Cada cual tiene sus dos hileras de dientes y muelas, todos quieren comer, en todo hay pechos y derechos, y corren intereses: *una mano lava la otra, y entrambas la cara*; si me dan el capon, justo será que le dé una pechuga, y no hay dinero mejor empleado que en un ángel de guarda semejante. Palas hay tan tiranos y desalmados, que luego estafan y lo aplican

todo para sí; quieren el pan y las maseras, el trabajo y el provecho, sin dejarnos otra cosa que el peligro y la pena de si nos cogen. Alzansenos á mayores, como Pizarro con las Indias: cuando mucho nos dan y gran merced nos hacen es de los escamochos, lo que no les vale de provecho, reservando para sí la gruesa del beneficio, como lo hizo Alejandro conmigo. Y después cuando nos avizoran en el agonía, cápanse las gabias, y no conocen á nadie. Mas entre nosotros, con este milanés habia muy buena orden, porque de ninguna manera no queria llevarnos mas de un solo quinto. Y si alguna vez, teniendo necesidad, nos pedia le prestásemos algo á buena cuenta, y si lo dábamos, luego lo asentaba en su libro, poniéndolo en el ha de haber, y en la márgen un ojo, á descontar. No, no; buena cuenta teníamos en todo siempre: ayudase á cada uno su buena fortuna.

» Mis compañeros no holgaban; que, como buenos caseiros, jamás vinieron las manos en el seno. Eramos cuatro, tres á la faena, y el capitán para nuestra defensa. Ibamos algunas veces llevándole por delante, para si alguno de nosotros diese salto en vago, hallándolo con el hurto en las manos, que hubiese quien lo abonase ó volviese por él, dándole dos ó tres pescozones, enviándolo de allí, diciendo: « andad para bellaco ladrón, y voto á tal, que si mas os veo hurtar, que os he de hacer echar á galeras. » Creían con esto los presentes, que serian aquellos gente honrada y piadosa, pasabamos con aquella fortuna. Otros habia tan pertinaces y duros, que con una cólera de fieras nos apretaban demasiado, no dejándonos de la mano hasta hacernos prender. A estos llegaban, y les decían: « deje vuesa merced á este bellaco ladrón, déle cien coces y no le haga prender; es un pobretó, y se comerá en la cárcel de piojos: ¿ qué gana vuesa merced en hacerle mal? Tirad de aquí bellaco; » y con esto nos daban un empujón que nos hacían hociocar, por sacarnos de sus brazos. Empero si todavía porfiaba, no queriéndonos largar, hacíamos nuestra diligencia en desasirnos y volvíamoslo pendencia, diciendo que mentía, que tan hombres de bien éramos como él; ellos en la fuga se metían de por medio, en son de meter paz, ayudándonos á despartir y ponernos en libertad, y si necesario era, cuando no podían derramaban el poleo, del aire buscaban achaque, incitando con palabras á venir á las obras, hasta que con el alboroto mayor se sosegaba el menor, y así nos escabullíamos.

» Otras veces que íbamos huyendo con el hurto, si alguno venia corriendo tras de nosotros y dándonos alcance, salíale un compañero de través á detenerlo, poniéndosele delante, y preguntando sobre qué habia sido la pesadumbre, no dejándolo pasar de allí, á modo de querer poner paz y sosegarlo; y por muy poquita demora que de cualquiera manera hubiese, les tomábamos grandísima ventaja; porque demás de la que siempre hace quien huye á quien corre, pone atas en los pies el miedo en casos tales. Los que corren se cansan presto naturalmente con el corto ánimo de hacer mal que los desmaya, no obstante que quieran y lo procuren; mas esles imposible forzar á la naturaleza, la cual sienpre favorece á los que desean salvarse. De una ó de otra manera siempre los detenían. Otras veces nos abonaban cuando habia pasado la palabra con el hurto, y no se nos hallaba, porque ya lo teníamos de allí tres calles ó cuatro; de manera, que sus buenas palabras, intercesiones y abonos, hacían que fuésemos libres de la mala opinion que se nos achacaba. En todas maneras, por acá ó por acullá, hacíamos nuestra hacienda, pesase á quien pesase, que para todo habia traza.

» Mas una vez que me descuidé, saliendo un poco á mariscar sin escolta y por el campo, no me la cubrirá pelo ni se me caerá tan presto de encima. Mis pecados, y otro no, me sacaron á pasear un día por fuera de la ciudad, y como cerca de un arroyo estuviese sobre la yerba tendida mucha ropa y el dueño della tras de un poco de repecho

á la sombra de una pared, parecióme que ya debia de estar bien enjuta; ó á lo menos, que cuanto para mi menester con aquello bastaba. Dióme gana de doblar dos ó tres camisas buenas, que me parecia que me vendrían bien, y con facilidad lo hice, mas envolvílas, no quise pararme allí á doblarlas por hacerlo en mi posada con mayor comodidad y espacio; el dueño, que era una mujer de la maldición, por estar como dije vueltas las espaldas, no pudo verme; mas no faltó quien doliéndole poco las mias, y como á paso largo me iba trasponiendo, le dió el soplo. Levantó la buena mujer el tiple, que lo ponía en el cielo, y dejando una muchacha suya en guarda de lo que allí le quedaba, dió á correr en pos de mí, de manera, que viéndome perdido, con todo el disimulo del mundo, sin volver el rostro, ni mas mudanza que si conmigo no las hubiera, dejé caer en el suelo la mercadería, y pasé de largo con el paso compuesto, sin alborotarme. Yo creí que la mala hembra, teniendo ya lo que le faltaba en sus manos, por ventura se holgaría; mas no lo hizo así, que si primero daba gritos, era entonces voces con que hundía el campo todo. No era lejos de la ciudad ni en parte tan sola que dejasen de oírlo muchachos: juntáronse tantos y con ellos tantos gozques, que parecían enjambres. A la grita dellos, me pescaron vivo unos mancebos, de cuyo poder ya fué imposible defenderme.

» Desde aquel día comencé á tomar tema contra esta gente cilla menuda, que nunca mas me pudieron entrar de los dientes adentro, destruyéronme con perseguirme. Cuando aquesto me decia Sayavedra, me venia á la memoria un famoso borracho de Madrid, el cual como lo acosasen los muchachos y lo maltratasen mucho, cuando llegó á la boca de una calle, se bajó por dos piedras, arrojándose á una esquina, les dijo: « ta, ta, vuestas mercedes no han de pasar adelante; suplicoles que se vuelvan, que yo doy la merced por ya recibida: » si este hiciera otro tanto, quizá que se volvieran como lo hicieron con el otro. Dijo luego: « y en verdad, que donde quiera que se junta esta mala canalla, ningún hombre de bien puede hacer cosa buena. Yo voy huyendo dellos como de la horca, y faltó poco para subirme á ella, porque de sus manos me sacó la justicia y me pusieron tras la red. Cuando esto me sucedió, luego hice dar aviso á mi capitán, que apenas alcanzó el bramo, cuando en dos pies ya estaba conmigo, informándome bien de lo que habia de hacer y decir. De allí se fué al notario, hablóle diciendo conocerme por hijo de padres muy honrados y nobles en España, que no era posible creerse cosa semejante de un caballero como yo; y en caso que fuera verdad, no era mucho de maravillarse, que con la modestad, viéndome, si acaso lo estaba, con alguna necesidad ó apretado de hambre, me hubiese atrevido para pedirle; empero que todo era de poca ó ninguna consideración, y ratería de que no se debiera hacer caso, tanto por su poca sustancia, cuanto por mi mucha calidad y de mi linaje. Con estas buenas palabras y su mejor favor, me puso dentro de dos horas á la puerta de la cárcel.

» A Dios pluguiera que no, ni en aquellas otras tres, hasta que fuera muy bien de noche; mas pues así sucedió, sea su bendito nombre loado para siempre. El pecado, portero que siempre me perseguía en los portales de las casas, no se olvidó entonces en los de la cárcel; pues antes que me dejase sacar el pie á la calle, á la misma salida dió de ojos con el maestre-data, que andaba solicitando la soltura de un preso. Como me vió y conoció, dióme tal empujón adentro, que me hizo caer de espaldas en el suelo, y cargándose sobre mí, dijo al portero que echase el golpe; hizolo, y quedéme dentro; volvíronme á encerrar, púsome acusación, apretándome de manera que ruegos ni el interés de la suya fueron parte para que se bajase de la querrela. Era hombre que podía; hicieronse todas las posibles diligencias, ni me valió información de hidalguía ni mi poca edad, para que á buen librar, y como si me lo

dieran de limosna por vía de transacion y concierto, y con todo el favor del mundo, me dieron una pesadumbre, y tal que no se me caerá para siempre. Por camisas fui, y sin ella me sacaron de medio cuerpo arriba, echándome desterrado de allí para siempre: con lo cual se quedó el majadero sin la saya. Ved á lo que llega un hombre necio abatanado, que quiso mas hacerme mal que cobrar su hacienda. A mí me fué forzoso dejar la tierra y compañía; recogí la pobreza que habia llegado, y salí de allí vagando por toda Italia, hasta llegar á Bolonia, donde me recibí en su servicio Alejandro; el cual tiene por trato salir á correrías fuera de su tierra, y en haciendo la cabalgada, se vuelve á sagrado con ella. Cuando nos hallamos en Roma en el fracaso de vuesa merced, solo era nuestro fin aguardar que se levantase alguna pelaza, de donde con seguridad pudiéramos alzar algun par de capas ó sombreros; mas como no hubo tiempo, trazamos luego de hacer el hurto, haciéndome cabeza de lobo, como siempre tenían costumbre, para sacar ellos en todo mal suceder las manos limpias. Esto me venia diciendo cuando llegamos al fin de la jornada; quedóse así la plática, entrándonos en la hostería, donde se nos dió lo necesario para pasar luego el camino adelante.

CAPITULO V.

Sayavedra habla en Milán á un su amigo en servicio de un mercader. Guzmán de Alfarache les da traza para hacerle un famoso hurto.

Atento, entretenido y admirado me trujo Sayavedra esta jornada; y tanto, que para las mas que faltaban hasta Milán, siempre hubo de qué hablar y sobre qué replicar, porque me hizo grande contradición y dificultoso de creer, que hombres nobles, hijos de padres tales, permitían dejarse llevar tan arrastrados de sus pasiones, que olvidado el respeto debido á su nobleza, con trato de caridad y buena policía, sin precisa necesidad hagan bajezas, quitando á otros la hacienda y honra; que todo lo quita quien la hacienda quita, pues no es uno estimado en mas de lo que tiene mas. Decía yo entre mí: si á este Sayavedra (como dice) lo dejó tan rico su padre, ¿ cómo ha dado en ser ladrón, y huelga mas de andar afrentado, que vivir temido y respetado? Si se cometen los males, hácese por la sombra que muestran de bienes; empero en el padecer no hay esperanza dellos. Luego me revolvía sobre mí en su desculpa, diciendo: « saldriase huyendo muchacho como yo; representáronseme con su relacion mis propios pasos, mas volvía diciendo: ya que todo eso así es, ¿ por qué no volvió la hoja cuando tuvo uso de razon y llegó á ser hombre, haciéndose soldado? También me respondía en su favor: ¿ y por qué no lo soy yo? Veo la paja en el ojo ajeno y no la viga en el mio. Donosa está la milicia para que se aficionen á ella, buena paga les dan, bien lo pasan, para que olvidé un hombre su regalo y aventure su vida en ella. Ya todo es mobatra, mucho servir, madrugar y trasnochar, el arcabuz acuestas, haciendo centinela todo el cuarto en pie, y si es perdida en dos; y sin bullirlos de donde una vez los asentaren, hloviendo, tronando y venteando, cuando á la posada volveis, ni hallais luz con que os acostar, lumbré con que poderos engugar, pan que comer ni vino que beber, muertos de hambre, sucios y rotos. No le culpo; empero á su hermano mayor el señor Juan Martí ó Mateo Luján, como mas quisiere que sea su buena gracia, que ya tenia edad cuando su padre le faltó para saber mal y bien, y quedó con buena casa y puesto, rico y honrado, ¿ cuál diablo de tentación le vino en dejar su negocio y empacharse con tal facilidad en lo que no era suyo, querer quitar capas? ¿ Cuánto mejor le fuera ocupar su persona en otros entretenimientos? Era buen gramático, estudiara leyes, que mas á cuento y fácil fuera hacerse letrado. ¿ Piensan por ventura que no hay mas que decir, ladrón quiero ser y salirse con ello? Pues á fe que cuesta mucho trabajo, y corre peligro. Demás, que no sé yo si en

los derechos hay mas consejos ó tantos cuantos ha menester un buen ladrón. Pues ya si hay dos, ó se juntan en un lugar y á la porfia, y quiere alguno correr tras el otro, que se ha llevado tras de sí la voz y fama de todo el caciquismo y germanía, por mi fe que le importa y no poco apretar los puños mucho. Que con parecerme á mí (como era verdad), que con cuanto me habia contado Sayavedra, era desventurada sardina, y yo en su respeto ballena, con dificultad y apenas osara entrar en exámen de licencia ni pretender la borla. Y él y su hermano pensaban ya, que con sólo hurtar á secas, mal sazonado, sin sabor ni gusto, que podrían leer la cátedra de prima. Pensaron que no habia mas que hacer de lo que dijo un labrador, alcalde ordinario en la villa de Almonaci de Zurita, en el reino de Toledo, habiendo hecho un pilar de agua donde llegase á beber el ganado, que después de acabado soltaron la cañería en presencia de todo el concejo; y como unos dicen, alto está, y otros, no está, se llegó el alcalde á beber, y en apartándose, dijo: *pardios, no hay mas que hablar, que pues yo alcanzo, no habrá bestia que no alcance*. Como debieron de ver algunos ladroncillos de pan de poya, se les haria fácil, y dirían que también alcanzarían como los otros. Pues yo doy mi palabra, que á tal pensamiento se les pudiera decir lo que otro labrador, también cerca de allí en la Mancha, dijo á otros que porfiaban sobre la cria de una yegua; el uno dellos decía: *jumento es, y el otro que no, sino muleto, y llegándose á mirarlo el tercero, cuando hubo bien rodeado y mirádole hocico y orejas, dijo: pardios que no hay que rehortir; tan asno es como mi padre*. Quien se preciare de ladrón, procure serlo con honra; no bajamanero, hurtando de la tienda una cebolla y trompos á los muchachos, que no sirve de mas de para dar de comer á otros ladrones, haciéndose sus esclavos de jornal, y si no les pecha lo ponen luego en percha. No hay hacienda ni espaldas que lo sufran; diz que por tan poco ha de arrestarse tanto. Por una saya, por dos camisas, *quien camisas hurta jupon espera*, haga lo que decia Chapin Vitelo, aquel valerosísimo capitán: *el mercader que su trato no entienda cierre la tienda*.

Peró dejemos agora estos ladrones aparte; y vuelvo á mí, que con poderme oponer á la magistral, ya lo tenia olvidado, y no se apartaba entonces el miedo de par de mí. Todo quiere curso; habia mil años que ni tomaba lançeta, ni hacia sangria; tenia ya torpe la mano, no atinaba con la vena. No hay tal maestro como el ejercicio; que si falta, el mismo entendimiento se hinche de moho y criatoba. Cuando en Milán entramos, anduvimos de vacaciones aquellos tres ó cuatro días, que no me atreví á jugar por no hacerlo con gente de milicia, que juegan siempre con mucha malicia. Todos ó los mas procuran valerse de sus ventajas; yo no podía usar de las mias, ni me las habian de consentir, y yo por fuerza se las habia de consentir; aventuraba con ellos á ganar poco y á perder mucho. No quise mas que dar una vuelta por la tierra, viendo su trato y grandeza, y luego pasar adelante. Con esta determinación me andaba paseando todo el día de tienda en tienda, viendo tantas curiosidades, que ponía grande admiración verlas, y los gruesos tratos que habia en ellas aun de cosas menudas y de poco precio. Estando un día en medio de la plaza, se llegó á Sayavedra un mozo bien tratado y de buena gracia, en sus acentos y talle fino español; mas como los tenia por las espaldas, no pude ver ni entender por entonces mas de que se hicieron un poco á lo largo de mí, donde á solas por grande rato hablaron, que no me dejó de poner cuidado pensar qué pudieran estar en tanta puridad tratando, no habiéndose visto (á mi parecer) ni tratado de antes. Mas por no romper la plática hasta ver en lo que paraba, estuve quedo y advertido, si de allí escapasen, acudir yo con tiempo á la posada, y llegar primero antes que me mudasen. Siempre los tuve al ojo, sin hacer alguna mudanza, en cuanto no la hiciesen

ellos. Porque consideraba, si lo llamo, y después le quiero preguntar por lo que trataban, habrá tenido Sayavedra ocasión para componer lo que quisiera, diciendo, que por haberlo llamado no acabaron la plática en que estaban. Así por mejor satisfacerme, tuve por bueno tardarme allí algo más, dejándoles el campo franco, pues no hacia mi dilación en otra parte falta.

Ya cuando fué hora de comer, el mozo se despidió para irse, y yo quise hacer lo mismo, que aun todavía estaba en pié mi sospecha. Como Sayavedra no me habló palabra, ni yo á él, siempre truje conmigo aquel recelo, y no con poco cuidado de alguna gatada; que la sospecha es terrible gusano del corazón, y no suele ser viciosa cuando carga sobre un vicioso; pues conforme á las costumbres de cada uno, se pueden recelar dél. Mas como el deseo de las cosas hace romper por las dificultades dellas, aunque quisiera callar, no me pude sufrir sin preguntarle quién aquel mozo fuese, y de qué había salido el triunfo para plática tan larga. Cuando acabamos de comer, y quedamos á solas, díjeme: «aquel mancebo desta mañana me parece haberlo visto en Roma, ¿por ventura llámase Mendoza?» — «No, sino Aguilera, me respondió Sayavedra, y muy águila para cualquiera ocasión; es muy buen compañero, también cofrade, y una de las buenas disciplinas de toda la compañía, y ninguna mejor llaga que la suya. Es de muy gentil entendimiento, gran escribano y contador. Muchos años ha que nos conocemos; habemos peregrinado y padecido juntos en muchos y muy particulares trabajos y peligros, y agora me quería meter en uno, que nos pudiera ser de grandísima importancia, ó por nuestra desventura dar con el navio al través, que á todo daño se pone quien trata de navegar, pues no está entre la muerte y vida más del canto de un traidor cañuto. Dábame cuenta cómo llegó á esta ciudad con ánimo de buscar la vida como mejor pudiera; mas que para no engolfarse sin sondear primero el agua, que había buscado un entretenimiento que le hiciese la costa sin sospecha, para que á dos días no lo prendiesen por vagabundo, y que asentó con un mercader de aquesta ciudad, que lo recibió en su servicio por su buena pluma, y ha mas de un año que le sirve con toda fidelidad, esperando darle una coz á su salvo, como lo hacen las mulas al cabo de siete. Declame, que asentásemos compañía para hacer una empanada en que triviésemos que comer para salir de laceria; mas no me pareció cosa conveniente: lo principal, por hallarme tan acomodado á mi gusto, y demás desto para mudar estado es necesaria mucha consideración. Con poco no podíamos contentarnos, y con mucho era imposible salir bien, por la mala comodidad que teníamos. Aquí no había donde poder estar secretos cuatro días, ni huyendo caminar seguros, que á cuatro pasos no nos volviésemos presos, y nos dejasen los pescuezos de mas de la marca, sin quedar las personas de provecho. Estuvimos dando y tomando trazas, empero ninguna de provecho ni á propósito. Que cuando los fines no se pueden conseguir, son los medios impertinentes y los principios temerarios. Así se apartó de mí, por no hacer á su amo falta, ya que nuestra plática no podía ser de provecho.»

Ni esto que me dijo me dejó seguro, ni dejé de darle crédito por parecerme cosa que pudo ser. Pedí la capa y salímonos de casa con determinación de dar una vuelta por el campo, y aunque lo mas de la tarde tratamos de otras cosas, nunca se me apartó de la imaginación mi tema; en ella iba y venia, pensando entre mí, aun si quisiese aqueste asegurarme, y me diese un cabe que pasase la raya. ¿De quién me podría quejar sino de mi necesidad? Porque una bien se puede disimular, pero á dos, echarle á quien la espera una gentil albarda. ¿Qué seguridad puedo yo tener deste, que nunca buena viga se hizo de buen cohombro? El que malas mañas ha, tarde ó nunca las perderá, y será esta la fina, darle al maestro cuchillada so-

bre buena reparada. Mas aunque tuvo los ojos en la puerta, nunca me faltaron las manos de la rueca. Hecho estaba un Argos en mi negocio, y otro Ulises para el suyo; trazando cómo (si me había dicho verdad) poder ayudarlos, á lo seguro de todos en caso que fuese negocio de consideración para salir de laceria; que meter costa en lo que ha de ser de poco provecho, es locura. Los empleos han de hacerse conforme á las ganancias: ponerse un hombre á querer alambicar su entendimiento muchas noches en lo que apenas tendrá para cenar una, no conviene.

Mas porque por ventura pudiera ser viaje de provecho y echar algun buen lance, cuando á cenar volvimos á casa y vi suspenso á Sayavedra, le dije: «pareceme que te robas; inquieto te trae mucho el dinero del mercader; es por ventura lo que pensabas alguna traza de las de Arquimedes? Pues á fe que conozco yo un amigo que no hiciera mal tercio en el negocio, si fuese gordal y de sustancia. — ¿Cómo gordal y de sustancia? (respondió Sayavedra). De mas de veinte mil ducados: paño hay para cortar y trazar á nuestra voluntad como quisiéremos.» Yo le dije: «como no se corte de manera que dél nos hagan lomas, bien me parece; mas pues tan pensado lo tienes (que no es posible no haberse asentado alguna invención), ¿qué resulta de todo que algo valga? — Par Dios, nada, me respondió Sayavedra, no acierto con la esquina; tanto ha que huelgo, que ya con el ocio ha criado el entendimiento sangre nueva, y está lleno de sarna. Mil veces comienzo con el trote, y á dos galopes me canso, todo lo hallo malo.» Entonces le volví á decir: «pues tan importante negocio es como dices, ¿qué parte me queiris dar porque os quite los cuidados y salgais con vuestra victoria?» El me dijo: «señor, la mía y mi persona somos de vuesa verced; con Aguilera se ha de tratar por lo que le toca, y hecho el concierto con él, acabado es el cuento; con todos está hecho. — Pues, díjeme, vete á buscarlo y procura verte con él, sin que de su casa te vean; y dile que nos veamos cuando tuviere lugar, que poco se perderá en que me conozca, si ya le conozco.» Hizolo así, enviélo á llamar con un papel secretamente, y cuando nos juntamos, le pregunté por menudo las calidades, costumbres y trato de su amo, qué hacienda tenia, en qué, dónde y en qué monedas y debajo de qué llaves. Comenzóme á hacer su relacion en esta manera.

«Señor, ya Sayavedra tiene dada relacion de mí á vuesa merced, y sabrá que soy calafate zurdo, un pobreto como todos; y aunque conozco que con menos ingenio hay millares muy ricos en el mundo, también he visto con estos á otros mas hábiles ahorcados, no siendo yo el que menos lo ha merecido: de que doy á Dios infinitas gracias. Puede haber poco mas de un año (que es el tiempo que ha que residí en esta ciudad) que sirvo á un mercader de harto trabajo, y de cuatro meses á esta parte soy su cajero; tengo los libros en mi poder; empero los dineros están en el suyo: amo y temo; no acabo de resolverme cómo hacerle un salto que no me deje después en el aire; que para poco y malo menor mal es pasar adelante con mi bien trato; y si fuese mucho, querriálo gozar mucho. Helo comunicado con Sayavedra, porque para estos casos no hay hombre que pueda solo, para que por allá, entre personas de quien se pueda fiar, pues tiene tantos amigos, lo trate con alguno dellos, que como son varios los entendimientos, cada cual discurrir como mejor sabe, y algunas veces acontece dormir Homer y salir las trazas buenas. Y cuando anoche recibí su papel enviándome á llamar, sospeché que no sería en balde, que ha mucho que le conozco, y nunca se suele armar sino á cosa señalada. Creo, si acaso le hallamos vado, que habemos de hacer un gentil negocio, de que nos ha de resultar mucho bien. Lo que de su hacienda con verdad puedo afirmar, como quien tan bien lo sabe por haberlo visto, es,

que valen las mercaderías que hoy tiene de las puertas adentro de su casa, para dar á solo mohatras; mas de veinte mil ducados, y desto me da las llaves muchas veces, por la confianza grande que de mí tiene; demás, que bien sabe que no me tengo yo de cargar las balas acuestas para llevárselas con lo que tienen. Lo que hay encerrado dentro en dos cofres de hierro, en todo género de moneda, pasan de quince mil, y en el escritorio de la tienda encerró habrá doce días un hermeso gato pardo rodado, tan manso y humilde como yo, no con ojos encendidos, no rascadoras uñas ni dientes agudos, antes embutido con tres mil escudos de oro, en rubios doblones de peso, de á dos y de á cuatro, sin que intervenga ni solo un sencillo en ellos, los cuales apartó y puso allí para dar á logro á cierto mercader que se los pide por seis meses, y no se los quiere dar por mas de cuatro con el cuarto de ganancia, de que le ha de hacer mas la obligacion por contado. Es hombre del mas mal nombre que tiene toda la ciudad, y el peor quisto de toda ella. No hay quien bien lo quiera, ni á quien mal no haga; no trata verdad ni tiene amigo, trae la república revuelta y engañados cuantos con él negocian. Tengo por cierto, que de cualquier daño que le viniese, sin duda sería en haz y en paz de todo el pueblo; ninguno habria que no holgase dello.»

Con esto juntamente me dijo cómo se llamaba, dónde vivia, el escritorio á qué mano estaba, y el gato en qué gaveta: hizome tan buena relacion que á cierra ojos pusiera las manos encima dello. Preguntéle si habria dificultad en hacer una impresion de llaves; díjeme que muy fácilmente, porque las tenia todas en una cadenilla con las de los almacenes de mercaderías y cofres de hierro, las cuales de ordinario le daba para sacar lo que pedia; empero que como era tan avariento y miserable, lo hacia de modo que no las perdía del ojo. Holguéme de saber que habia facilidad en lo mas dificultoso, y díjeme: «pues lo primero que habemos de poner en tabla para nuestro negocio ha de ser eso, traerme los moldes en cera para que yo las vea y me prevenga de otras, mandándolas luego hacer. También será necesario estar de acuerdo en lo que se ha de hurtar por lo presente, y sea de modo que no asombre siendo en demasia; ni tan poco que deje de sernos de provecho, y lo que dello ha de haber cada uno de nosotros.» En cuanto al hurto, nos resolvimos en que fuesen los tres mil escudos del gato, y en lo demás anduvimos á tanto mas tanto, como si fueran ovejas las que se vendian, hasta que dije: «de aqueste dinero, si se hubiese de hurtar lisamente, á todo riesgo de horca y cuchillo, natural cosa es, que cual el peligro tal habia de ser la ganancia, y cabiamos en un tercio por persona, siendo tres los compañeros. Mas pues habemos de jugar á lo seguro y pasar el vado á pié enjuto, sin que dello por algun modo se me pueda poner culpa; ni cargar pena, quedando cada uno con su buena reputacion de vida y fama, entero el crédito y sana la nuez, bien mereciera cualquier buen arquitecto su parte legitima; por solo delinearle, sin otro algun trabajo: y esa quiero llevar yo, conforme á lo cual me pertenece liso un tercio, libre y descargado de todo jarrete, y en los otros dos tercios del remanente habemos de entrar á la parte, cada uno igual del otro con la suya, quedando en ella todos tres parejos.» En esto se dió y tomó, mas como mi voto eran dos con el de mi criado, y de lo que se trataba no era particion de legitima de padres, quedamos en ello de acuerdo.

Trújoseme la cera, y en estando las llaves hechas y dada la muestra dellas por Aguilera, que ya corrian en el oficio para que al tiempo de la necesidad no nos hiciesen caer en falta, le dije una noche, que por la mañana queria verme con su amo, que tuviese ojo alerta en lo que allí se hablase, para lo que delante sucediese, y que nos viésemos cada noche. Dijo que si haria, y con esto se fué. Otro dia por la mañana fui á la tienda del mercader, y en pre-

sencia de Aguilera su criado, después de habernos hablado de cumplimientos y saludándonos, le dije: «señor mío, soy un caballero que vine á esta ciudad ha pocos dias; vengo á hacer cierto empleo para unas bodas, porque trato en mi tierra de casarme, para lo cual traigo poco mas de tres mil escudos que tengo en mi posada; no conozco la gente ni el proceder que aqui tiene cada uno; el dinero es peligroso, y suele causar muchos daños, en especial no teniéndolo el hombre con la seguridad que desea: no sé quién es cada cual; estoy en una posada, entran y salen ciento, y aunque me dieron la llave de la pieza, ó puede haber dos ó acontecerme alguna pesadumbre. Hanme informado de quien vuesa merced es, de su mucha verdad y buen término, y vengole á duplicar se sirva, tenga por bien guardármelos por algunos dias, en cuanto hallo y compro lo que voy buscando, que cuando se ofrezca en que servir á vuesa merced, la que me hará en esto, soy caballero que la sabré reconocer.» El mercader ya creyó que los tenia en el puño; y aun agora sospecho que no fueron sus pensamientos otros que los míos, el de quedarse con ellos, y yo de robárselos. Ofrecióme su persona y casa, que podía tenerlo todo á mi servicio: díjeme que los mandase traer muy enhorabuena, que allí los guardaria, y me los daria cada y cuando, según de la manera que se los pidiese. Despedimonos con esto, él dispuesto á guardarlos, y yo con palabra dada de que luego se le traerian, mas nunca mas allá volví hasta que fué tiempo.

Quando á casa volvimos yo y Sayavedra, él estaba como tonto, preguntándome que de dónde le habíamos de dar á guardar aquel dinero, y yo riéndome le dije: «¿luego ya no lo llevaste?» Rióse de lo que le dije, y volvíle á decir, «¿de qué te ries? Yo sé que allí lo tiene ya y muy bien guardado: dile á tu amigo Aguilera que de hoy en ocho dias nos veamos y se traiga consigo el borrador de su amo, que le suele servir de libro de memorias.» En este intermedio de tiempo que aguardábamos el nuestro, desnudándome Sayavedra una noche, después de metido en la cama y no con gana de mucho dormir, que aun me desvelaban viejos cuidados, díjeme: «has de saber, Sayavedra, que habiendo adolecido el asno, hallándose muy enfermo, cercano á la muerte, á instancia de sus deudos y hijos, que como tenia tantos y cada cual quisiera quedar mejorado, los legitimos y naturales andaban á las puñadas. Mas el honrado padre, deseando dejarlos en paz, y que cada uno reconociese su parte, acordó de hacer su testamento, repartiendo las mandas en la manera siguiente: Mando, que mi lengua, después de yo fallecido, se dé á mis hijos los aduladores y maldicientes; á los airados y coléricos la cola; los ojos á los lacivos; y el seso á los alquimistas y judicarios, hombres de arbitrios y maquinadores. Mi corazón se dé á los avarientos; las orejas á revollosos y cizañeros; el hocico á los epicúreos, comedores y bebedores; los huesos á los perezosos; los lomos á los soberbios; y el espinazo á porfiados. Dénse mis piés á los procuradores; á los jueces las manos, y el testuz á los escribanos. La carne se dé á pobres, y el pellejo se reparta entre mis hijos naturales.»

No queria que diciéndonos este que robásemos á su amo, nos viniese á robar á nosotros y nos dejase tan desnudos que nos obligase á cubrir con el pellejo de nuestro testador. Y seria mucha su cordura si nos burlase. Díjome porque, para la prosecucion de nuestro intento y poder salir bien dél, es necesario que de aquellos doblones de á diez que allí tengo, le diésemos unos pocos hasta diez que hagan ciento y no son barro. No querria que tirándonos un tajo con ellos y buen compás de piés, fuese tirándose poco á poco. A esto me respondió: «si todos quinientos y quinientos mil pusiésemos en su poder, no faltara un carlin de todos ellos en mil años, por ser costumbre nuestra guardarnos el rostro con fidelidad gran-